

Agua rota:

Cuento

Escribe: JOSE PUBEN

Ya avanzada la noche la lluvia empezó a caer, clara y sonora, en el empedrado del patio y sobre los amplios techos de la vieja casa. El ruido del aguacero lo despertó de un profundo sueño. La sensación de que la cañada aumentaba, a cada momento, venía del atronador y permanente cauce de las aguas vecinas.

Los vidrios de las ventanas de su cuarto, que daban al potrero, estaban empañados. De vez en cuando un relámpago, silencioso y lejano, iluminaba el recinto y permitía ver en los cristales finas hebras de agua que corrían sobre la humedad.

A causa del calor que desprendía su cuerpo la gruesa lana le causaba una leve rasquiña en la garganta; pese a esto, se envolvía con más ahinco entre las cobijas que lo protegían del frío externo.

En los cuartos de la casa reinaba el desconcierto y un principio de alboroto. Voces cuchicheando miedo llegaban hasta sus oídos. El eco de la cañada aumentaba amenazador. El agua parecía volar fantásticamente sobre el techo. A pesar de todo continuaba buscando con sus nerviosas manos todos los rincones de la manta.

A través de la puerta presentía que la luz de una lámpara aumentaba su resplandor. ¡Alguien rondaba las alcobas! Se iluminó el cuarto cuando la tía abrió la puerta: su sombra se proyectó sobre las paredes, cubiertas de papel estampado con flores y hojas verdes.

Sin que nadie le preguntara nada, habló con voz de apariencia tranquila:

“No te preocupes. La lluvia siempre molesta por estos lados. En estas noches es peligroso salir de la casa... ¡Parece que nunca fuera a acabar este aguacero!”.

El no contestó. Apartando un poco la cobija de su rostro sonrió, como quien dice: “No tengo miedo”.

La mujer se inclinó por un momento y recogió del suelo un trapo blanco, que colocó sobre la silla donde estaban las ropas del muchacho. Después se acercó a la ventana y trató de ver, a través del vidrio: Parte de la mejilla izquierda tropezó con la fría superficie. Se apartó al momento, pasando su mano sobre la sensación de humedad que le había quedado en el rostro. Después se encaminó, con la lámpara en la mano, hacia la puerta. Antes de salir se volvió por breves instantes y con voz dulce le dijo: "No te muevas de la cama".

* * *

Entre el sueño y la lluvia el muchacho se acordó del caballo pinto: "¡Debe estar en la pesebrera!". Ayudado por su padre subió en el manso animal. Le ordenaron que no desmontara, ya que aún no era capaz de hacerlo. Sobre el *Pinto* iría a casa de sus tíos a entregarlo y quedarse unos días. Con cierto temor avanzó por la amplia calle del pueblo. La finca no estaba demasiado lejos y el animal conocía el camino. Lentamente pasó frente a varios ranchos. Las mujeres y los niños lo miraban en silencio. Solo un perro salió ladrando detrás del caballo. El jinete temió que se espantara; pero la bestia continuó como si nada ocurriera. El perro se cansó de ladrar y retornó al sitio de donde había salido.

Sin más inconvenientes llegaron al portón de la hacienda. La casa aún estaba lejos y el portal se veía asegurado con una cadena y un candado. Sin atreverse a bajar llamó a gritos. Nadie contestaba. Su voz se perdía entre ecos por las colinas y los prados. La tarde ya opacaba la luz y tenía miedo de que nadie acudiera a abrirle. El caballo insistía en permanecer en el lugar y parecía complacido de arrimarse a los tablones del portón...

Muchas escenas de violencia cruzaron por su mente. Se hablaba de bandoleros que asaltaban los caminos. Sin embargo, entre sombras y llanto, esperaba ser oído. Sus tíos estaban avisados de su llegada; pero nadie acudía a recibirlo. Las últimas claridades del día se perdían entre las nubes y el cielo. Temeroso de verse asaltado guardó silencio. Al fin vio una luz que se movía cerca de la casa. El resplandor descendía por la falda del ancho potrero. La persona que la portaba venía, posiblemente, sobre un lento y manso caballo. El muchacho volvió a llamar a gritos. La luz permaneció indiferente y continuó acercándose al gran portón, en medio del anochecer. Viendo esto, esperó a que llegara. Mientras tanto, el *Pinto* continuaba arrimado dócilmente a los tablones. Ya cerca de él, reconoció a su tía envuelta en una ruana gris y rodeada por una aureola de luz. Al acercarse, la mujer descendió del caballo y se aproximó con la lámpara al portal. Con dificultad hizo funcionar la llave en el candado y dio paso, al abrir el portón, a la lenta marcha del *Pinto*. Cerrándolo de nuevo y montando con lentitud en la yegua, regresaron conversando. Con una leve sonrisa la mujer preguntó por su hermano Luis, padre del muchacho. Más tarde, con gestos de impaciencia, acomodaba sobre el lomo del animal su amplio vestido, agitado por el ventarrón.

* * *

Sobre el techo de la casa el agua caía torrencialmente. Dentro de ella un silencio absoluto reinaba. En el cuarto de la tía la luz de una vela vibraba sobre las paredes. En los patios el viento se deslizaba arrastrando grandes cantidades de agua sobre la superficie de las cosas.

Por un momento pareció reinar la calma. Solo se escuchaba el pesado cauce de la lluvia... Pero un grito de su tía le llegó acompañado de un quebrarse de paredes que lo silenciaron todo. La luz de la vela se disolvió en la noche. La puerta y toda la armazón de su cuarto parecieron girar al lado contrario y fueron arrastrados por las turbulentas aguas venidas de los bosques cercanos. El muchacho sintió cuando el agua lo desnudó arrastrándolo con ímpetu. A lo lejos veía desfilar grandes árboles, casi doblados por el viento. La corriente lo golpeaba contra las piedras, los troncos y las cosas. Masas negras sobre la creciente parecían salir de alguna desolada y gigantesca cueva. Al tratar de flotar, en medio del torbellino, tragaba grandes cantidades de agua sucia y espesa que lo asfixiaban. En parte del trayecto abrazó unas ramas. El contacto de las hojas lo alivió momentáneamente; pero esto no duró mucho. Un violento golpe lo desprendió de ellas. Las pupilas se le nublaron. La noche era una espesa manta con grandes manchas oscuras. En medio de ella sentía que su cuerpo penetraba a un gran pozo de profundas y dormidas sombras. Ya sus manos no tenían qué agarrar. Las hojas se habían escapado de sus dedos y sus brazos flotaban abiertos e impotentes en medio del torrente que impulsaba la furia de los vientos.

(Caballo inflado de muerte con la sombra llena de ratas iluminado por los rayos del sol que parecen perderse en el ojo y la hierba y los caminos y las patas de brillantes herraduras sin montura y luna de manchas en las riberas que recorrieron entre bosques y despojos las lluvias implacables que traen bajo sus alas gallinazos y viejas torres derruidas a los pies de los escombros de los hombres que sembraron los árboles o repartieron las semillas que se fugaron con el viento!).

Lo encontraron muy lejos. La corriente había abandonado cuerpos y residuos en las riberas. Nadie, por aquellos lugares, pudo identificarlo. Fue de los primeros en ser hallados. A la distancia, parecía dormir sobre la hierba. Sus ojos, detenidos por el terror, estaban cercados por manchas de barro. Quizá miraban fijamente las estrellas de una supuesta y lejana serenidad... "Pobrecito, se ve que era un niño...". "¡Nadie puede tener la vida comprada!".